

UN LIBRO ANTIGUO Y ACTUAL

La Biblia no está muerta en el mundo moderno de ninguna manera. No obstante, está viva ante todo como un icono cultural o religioso: se la considera diferente de otros libros y, más que leerse como se leen estos, se la venera (bien sea de modo secular o religioso). Tanto su valoración cultural como su valoración religiosa coinciden en tratarla como un libro de una singularidad especial, y por ello no se le suelen plantear muchas de las preguntas que nos hacemos con respecto a otros libros: ¿Cómo se escribió? ¿Quiénes fueron sus autores? Y, sobre todo, ¿qué dice en realidad? En muchos círculos cristianos se da por sentado que se dirige directamente a la comunidad cristiana contemporánea, y que la cuestión de sus orígenes y su historia es secundaria. Sin embargo, los lectores profanos, así como los cristianos menos conservadores en materia bíblica, en ocasiones se plantean esas preguntas. Acaso les sorprenda saber cuántas de ellas tienen respuesta.

Es posible que la Biblia sea un libro actual, en el sentido de que sigue vivo en la práctica del cristianismo y el judaísmo. Sin embargo, no cabe duda de que es, asimismo, un libro antiguo, que no puede entenderse sino como producto de una larga y con frecuencia agitada historia. Los modelos fundamentalistas de la autoridad bíblica suprimen esta dimensión histórica al tratar la Biblia como un libro único, y no muy distinta es la actitud oficial de las Iglesias no fundamentalistas. Las declaraciones eclesiásticas sobre temas de actualidad, por ejemplo, empiezan con frecuencia por «el trasfondo bíblico» de la cuestión, tratando el conjunto de las Escrituras como una fuente compacta, en contraste con la diversidad de los textos posteriores. Además de ser un error desde un punto de vista histórico, este hecho disminuye el poder de las diversas voces presentes en la Biblia (al tiempo que parece honrarlas al conferirles un estatus colectivo especial). En palabras del gran escritor anglicano del siglo xvi Richard Hooker (1554-1600), «del mismo modo que las alabanzas inverosímiles que en ocasiones se dedican a ciertos hombres reducen y menoscaban el crédito de un elogio merecido, hemos de tener gran cuidado al atribuir a la Escritura lo que esta

no tiene, no sea que el carácter increíble de tales atribuciones haga que se estimen con menos reverencia también aquellas cosas que en verdad tiene en abundancia».²²

Hooker establece las coordenadas para el enfoque de la Biblia que empleo en este libro. Deseo mostrar su surgimiento y desarrollo y el modo en que se la ha utilizado e interpretado a lo largo de los siglos, tanto en el cristianismo como en el judaísmo. Durante el proceso cuestionaré la tendencia de los creyentes a tratarla como un texto tan especial que no puede leerse como se lee cualquier otro libro (o, en palabras de Hooker, a «atribuirle lo que no tiene»). Sin embargo, con ello no busco socavar la idea, compartida tanto por los creyentes como por muchos no creyentes, de que la Biblia es una colección de grandes libros. Constatar que no es perfecta (¿qué libro lo es?) no implica negar su calidad: algunos de los libros que la componen figuran entre los textos más profundos que ha producido la humanidad. Mi intención no es en absoluto hacer que «se estimen con menos reverencia también aquellas cosas que en verdad tiene en abundancia». Es posible que, en un primer momento, esto les parezca a algunos lectores un equilibrio incómodo; pero confío en que, al final, habré conseguido demostrarles que es un enfoque que hace justicia a la Biblia tal y como es (y no a una Biblia imaginaria que solo existe en un ámbito teórico). Como dijo C. W. Goodwin hace ciento cincuenta años:

Admitiendo, lo que es una verdad tanto histórica como factual, que la misión de la raza hebrea fue sentar las bases de la religión en la tierra, y que la Providencia empleó en especial a este pueblo para ese propósito, ¿no es nuestra función y nuestra responsabilidad indagar y entender cómo se hizo esto en realidad? No forjándonos teorías sobre lo que debería ser una revelación, o sobre cómo nosotros, de habérsenos confiado la tarea, la habríamos hecho, sino inquiriendo cómo le plugo a Dios hacerlo. [...] Popularmente se da por sentado que la Biblia, al llevar el sello de la autoridad divina, es completa, perfecta e intachable en todas sus partes, y de esa teoría han surgido mil dificultades y doctrinas incoherentes.²³

ESQUEMA DE LA OBRA

El Antiguo Testamento, la Biblia hebrea, surgió en el antiguo Oriente Próximo y no puede entenderse cabalmente sin cierto conocimiento de la historia del Israel de esa época y de las lenguas en las que circuló. Mi exposición comienza en los siglos IX y VIII a. C., la época de mayor actividad profética en los dos reinos en que entonces estaba dividida la nación hebrea, y momento en que los libros que componen las Escrituras judías empezaron a cobrar forma. Todos esos libros, o casi todos, estaban ya completos en tiempos de Alejandro Magno (356-323 a. C.).

A continuación, me ocuparé del contenido de la Biblia hebrea y me detendré en sus cuatro géneros principales: narración en prosa, leyes y sabiduría, profecía, y salmos y otros poemas. En los libros narrativos (capítulo 2) es posible detectar diversos estilos, lo que nos ayuda a comprender su carácter y nos proporciona pistas sobre sus autores y las fechas en que fueron compuestos. En la lectura de esos libros encontraremos uno de los temas recurrente en esta obra: en tanto que narran un relato en lugar de enseñar lo que los fieles deben creer o hacer, ponen de manifiesto que el camino que va del texto bíblico a las creencias y prácticas del judaísmo y el cristianismo actuales está lejos de ser evidente. Los libros de leyes y sabiduría (capítulo 3) se dirigen de forma más clara al lector con exigencias y consejos, pero incluso textos en apariencia universales como los diez mandamientos se escribieron para, y presuponen, una sociedad totalmente diferente de la nuestra, y no pueden aplicarse hoy sin una labor interpretativa previa. Esto resulta todavía más evidente en el caso de los libros de los profetas (capítulo 4), que surgieron en el contexto de diversas crisis políticas específicas en la historia de Israel y con frecuencia parecen hablar en clave. Por último examinaré los textos poéticos (capítulo 5), en especial los Salmos y sus oscuros orígenes y usos. Los Salmos se han atribuido a distintos periodos de la historia de Israel, desde la época del rey David (siglos XI o X a. C.) hasta la época de los macabeos (siglo II a. C.). Una teo-

ría importante sostiene que se utilizaban en la liturgia del culto en el Templo de Salomón, pero también es posible que muchos surgieran como oraciones personales. Lo que sí podemos decir con certeza es que constituyen un compendio de muchos de los temas religiosos que caracterizan el antiguo pensamiento israelita, temas que luego se repetirán en el judaísmo y el cristianismo.

Al igual que el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento solo tiene sentido cuando se lo sitúa en su contexto histórico. El capítulo 6 describe el mundo en el que surgió el cristianismo y, en especial, el florecimiento de diversos grupos sociales y religiosos dentro del judaísmo, como los fariseos y los saduceos; los primeros cristianos terminarían convirtiéndose en la más exitosa de esas sectas judías de la época. Los primeros textos que se conservan de esta nueva religión no son los Evangelios, sino las cartas de Pablo, escritas a mediados del siglo I d. C., unos veinte años después de la crucifixión de Jesús. La interpretación de Pablo constituye toda una industria académica, y no hay en la actualidad consenso que la amenace; sin embargo, es posible espigar algunos elementos esenciales de su mundo intelectual y sus enseñanzas acerca de la salvación humana, la relación del cristianismo con el judaísmo, el significado de la muerte y resurrección de Jesús y su relación con el clímax de la historia humana, que él creía inminente. Los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles (capítulo 8) aparecen en la segunda mitad del siglo I. Aunque los expertos están de acuerdo en que Marcos es el más antiguo y Juan el más reciente, no han dejado de preguntarse cómo y dónde se escribieron los tres Evangelios sinópticos (Marcos, Mateo y Lucas), qué fuentes utilizaron sus autores y si estaban dirigidos a la totalidad de los cristianos o solo a la comunidad en cuyo seno se produjeron. Hechos era el segundo volumen de Lucas, pero no podemos decir si se escribió inmediatamente a continuación de este o mucho después. Mi preocupación en este capítulo será subrayar cuán poco sabemos de estas cuestiones, a pesar de las abundantes teorías que existen al respecto.

Existe la creencia generalizada de que la conformación de la Biblia se decidió en una serie de concilios eclesiásticos celebrados no antes del siglo IV d. C., en los que se excluyó del canon un

importante corpus de obras que las autoridades eclesiásticas consideraban heréticas. La tercera parte del libro rebate esa idea. En realidad apenas hubo decisiones acerca de qué debía considerarse canónico y qué no. Todos o casi todos los libros la Biblia hebrea (el Antiguo Testamento) se aceptaban como Escritura por consenso generalizado (capítulo 9), y en algunos casos es probable que tuvieran ya esa consideración no mucho después de haber sido compuestos; solo en los márgenes hubo algún debate. Al igual que en el judaísmo, en la Iglesia primitiva (capítulo 10) la aceptación y el reconocimiento como Escritura de los libros que formarían el Nuevo Testamento es muy anterior a cualquier dictamen formal sobre los límites del canon. Y cuando tales dictámenes tuvieron lugar, por lo general se limitaron a refrendar el *statu quo* y apenas dejaron unos pocos libros en una categoría incierta. Los libros que se excluyeron de forma deliberada del canon (capítulo 11) fueron, en casi todos los casos, bastante más tardíos y menos fiables que los que se incluyeron. Tenemos la Biblia gracias a las generaciones de escribas que copiaron los textos a mano, y en el capítulo 12 me ocupo de su transmisión. Hay aquí una gran diferencia entre ambas religiones: mientras que el judaísmo, desde hace tiempo, otorga autoridad a un único texto de la Biblia hebrea, los cristianos nunca han tenido un texto oficial y cuentan con muchas tradiciones manuscritas diferentes. Todas las Biblias hebreas impresas se remontan a un único manuscrito del siglo xi; todos los Nuevos Testamentos impresos son, en cambio, el resultado de la comparación de varios manuscritos diferentes. El arte de realizar esas comparaciones se ilustra con ejemplos en el capítulo, donde además advierto que la falta de un texto consensuado hace que cualquier apelación a la redacción exacta del Nuevo Testamento resulte problemática en extremo.

¿Tiene la Biblia un tema o significado global? Los cristianos suelen pensar que sí, de forma que el capítulo 13 examina los intentos de definir dicho tema general y prepara el terreno para los capítulos siguientes, en los que se abordan en detalle las diferentes aproximaciones a la cuestión. Las lecturas rabínicas de la Biblia tienden a tratarla como una colección de dichos, cualquiera de los cuales puede iluminar cualquier otro, más que

como una obra continua, y este contraste se muestra en el capítulo 14. Aunque en ocasiones la lectura judía ha influido en la exégesis cristiana y viceversa, por lo general una y otra constituyen dos sistemas separados que, por tradición, interpretan las Escrituras para apoyar las propias creencias religiosas. Tales creencias se fundan en parte en las Escrituras y en parte no, y la interacción entre el significado superficial del texto bíblico y el significado que los lectores leen entre líneas, o directamente le imponen, es uno de los aspectos fascinantes del estudio de la Biblia. En el periodo medieval (capítulo 15) la tendencia a leer el texto a la luz de las creencias previas del exégeta resulta incluso más evidente, y otro tanto puede decirse sobre el énfasis en la Biblia como fuente de toda verdad religiosa, siempre que se la interprete correctamente. La lectura de la Biblia que hizo la Reforma (capítulo 16) heredó los métodos y enfoques de la Edad Media, pero también allanó el camino a las preguntas incisivas que caracterizarían a la Ilustración y que definen el estudio bíblico moderno. En particular fue Martín Lutero el primero que se mostró dispuesto a impugnar partes de la Biblia apoyándose en principios teológicos.

Mi reseña de la Ilustración y su herencia contemporánea (capítulo 17) comienza con las ideas de Spinoza (1632-1677). Spinoza cuestionó los milagros bíblicos a partir de las ciencias naturales, puso en duda ciertas atribuciones de autoría tradicionales e introdujo la distinción entre el significado y la verdad de los textos que se revelaría crucial para todos los estudios bíblicos posteriores. El estudio crítico de la Biblia se desarrolló a lo largo de los siglos XVIII y XIX para producir los tipos de argumentos y conclusiones que presento en la primera mitad de este libro. El capítulo 18 repasa la traducción bíblica desde el siglo III o II a. C., cuando la Biblia hebrea se tradujo al griego, hasta la actualidad. Examino también la conocida como Biblia del rey Jacobo y su legado, así como los intentos posteriores de traducir la Biblia al inglés. La traducción de un texto obliga a preguntarse no solo por su significado, sino también por su interpretación, y en ese capítulo se discuten las formas en que ciertas traducciones modernas han entrado en el debate interpretativo.

El examen de la Biblia supone un desafío para la fe y la práctica religiosas y, al mismo tiempo, las alimenta; en la conclusión del libro reflexiono acerca de la relación entre la Biblia y las confesiones que se remiten a ella, y sobre el incompleto solapamiento entre el judaísmo y el cristianismo y sus contenidos.